

animado y tengo la ventaja de estar á todas horas en conversaci3n con Trevelyan, que est3 perfectamente bien enterado del lenguaje, maneras y diplomacia de las cortes indas.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

Londres, 26 de Abril de 1841.

Querido Napier: Me he arreglado con Leigh Hunt acerca de un trabajo sobre Colmans, que podr3 estar listo para el n3mero de Julio. El ha escrito algunas l3neas verdaderamente hermosas acerca de la reina, quien ha sido muy ben3vola para 3l, envi3ndole dinero y patrocinando sus pretensiones. Se me ha ocurrido si el pobre Southey muere—y hasta sus mejores amigos deben ya desearlo—que Leigh Hunt podr3a verdaderamente con justicia tener el laurel, si contin3a aquella absurda moda, 3 por lo menos la pensi3n y el saco.

S3 que usted puede convencer 3 Rogers de que nos escriba una noticia corta sobre el car3cter de lord Holland; nadie conoca su casa tan bien, y Rogers es m3s que un mediano artista en prosa (1).

En cuanto 3 lord Cardigan, viene mereciendo alg3n castigo desde hace diez a3os; pero no me molestar3 en escoger lo que he de decir en contra suya.

(1) En una carta del 14 de Mayo escrib3 Macaulay: Lady Holland lleva su atenci3n conmigo hasta el punto de revisar la protesta de la C3mara de los Lores de su marido, que yo dif3cilmente conozco quien pudiera hacerlo, as3 es que no puedo rehus3rselo.

sino tan s3lo aquello que yo piense ser justo. Supondr3 usted f3cilmente que esto no me preocupa.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

Durante la legislatura de 1841, Macaulay tuvo poco que hacer como ministro de la Guerra en la C3mara de los Comunes, excepto defender 3 lord Cardigan, que era, sin embargo, ocupaci3n suficiente para un ministro. Mr. Kinglake, que aprovechaba gozoso y aun con exceso todas las ocasiones que se le presentaban de estudiar el mando de este personaje, describe su car3cter en un pasaje casi demasiado bien conocido por lo mucho que se ha citado. No teniendo ascendiente personal que le hiciera digno de la consideraci3n y aprecio de los dem3s, no era sin duda merecedor de ejercer autoridad alguna sobre caballeros ingleses. Fu3 ciertamente crueldad del destino, colocar seres humanos bajo el poder militar de un oficial tan arbitrario y ru3n. La idea de que semejante hombre hab3a sido capaz de adquirir para s3 un derecho 3 tener ingleses bajo su dependencia militar, me subleva.

Lord Cardigan compr3 para s3 de Cornet el cargo de teniente coronel por siete a3os y por un desembolso, se dice, en cuatro plazos, de muchos miles de libras. A comprador tan generoso le fu3 permitida, por supuesto, la elecci3n del objeto que compraba, y elig3 uno de los mejores regimientos de caballer3a, que sumi3 en un lodazal de esc3ndalo, favoritismo, peque3as tiran3as 3 intrigas, constituyendo para sus oficiales una desgracia mayor que la m3s espantosa miseria el hallarse mandados por un oficial que, sien-

do del tipo de lord Cardigan, tenía poder tan ilimitado de castigar á sus subordinados. En el espacio de un solo año, uno de sus capitanes fué separado por escribirle una carta de desafío; envió un mensaje verbal, grosero é insultante á otro, y le castigó con un arresto prolongado, á causa de lo cual, éste, de un modo respetuoso, rehusó dar la mano en adelante al oficial que había sido portador de tal afrenta; tuvo un duelo con un teniente que había salido del cuerpo, y le ametralló; azotó á un soldado en domingo, entre los servicios, de un modo deshonoroso, ante los camaradas reunidos, media hora antes del culto público, y el ministro de la Guerra tuvo que poner la mejor cara que pudo á todos estos atropellos.

Cuando le propusieron que separara á lord Cardigan del mando de aquel regimiento, Macaulay se valió de un razonamiento que él con justicia miraba como incontrovertible. Los honorables caballeros que me escuchan deben mirar bien cómo aprovechan la impopularidad de un individuo para introducir en el ejército un precedente que, si una vez se establece, puede producir los más fatales efectos, sobre todo nuestro sistema militar irrogando además una gran injusticia á todos los oficiales del servicio de Su Majestad. ¿Qué es lo que pasa con los oficiales en el ejército? Compran sus destinos á un precio elevado, cuyo interés puede ser próximamente igual á la paga que reciben; consagran los mejores años de su vida al servicio, y están dispuestos á ser enviados á los más inhospitalarios países del mundo donde su salud y algunas veces su vida, son sacrificados. Es de esperar que ningún hombre de honor y de espíritu quiera consentir en entrar en su servicio si no tiene al menos algún grado de seguridad en la permanencia de

su situación:—en otros términos, si ellos no pueden ir donde mejor les agrade ó convenga.

Entre tanto se aproximaba la agonía de aquella crisis política. Hallábase el gobierno whig en una situación, que ni podía permanecer en el poder con decencia ni caer con gracia. Su gran medida del año, el *bill* de registro en Irlanda, apenas escapado de los peligros de una segunda lectura, fué echado á pique en la comisión. El déficit del último año, que se aproximaba á un millón, había aumentado este año próximamente á dos, y los individuos del gobierno no podían confiar en un movimiento popular favorable que los animara en medio de sus turbaciones. Todo el entusiasmo que aún existía por el progreso, lo consumieron aquellas filas de fogosos reformadores, provocando la cruzada contra la ley de los cereales, conducidos por jefes que bien pronto satisficieron y sin hacer á todos sitio en el Parlamento. Tiempo atrás, en 1839, Macaulay había escrito en su diario: El grito por la libertad de comercio de cereales parece ser muy formidable. El *Times* se ha unido á él. Estoy completamente seguro que prosperará. Si los ministros conducen bien su juego, pueden ahora triunfar completamente ó retirarse con honor. Tienen cartas excelentes, si saben usarlas. La cruel necesidad había gradualmente ido arrastrando aun á los miembros más tímidos del Gabinete á someterse á estos heroicos sentimientos, y los whigs al fin hicieron los mayores esfuerzos para presentarse ante el país como libre-cambistas. En una carta á Mr. Napier de 30 de Abril de 1841, dice Macaulay: Toda la suerte de nuestro partido depende de esta noche; podemos ganar doble: perderlo todo. No conozco lo que nos espera, y estoy inquieto pensando más bien en una derrota. Deseo mi

libertad y descanso, libertad de palabra y de pluma. Tengo todo lo que necesito; una pequeña competencia, felicidad doméstica, buena salud y ánimo. Si á mis cuarenta años puedo llevar este yugo, quisiera no ser tan fácilmente inducido á soportarle de nuevo. Así escribió el ministro de la Guerra por la mañana, y á las cuatro de la tarde del mismo día, lord John Russel daba la noticia de que el 31 de Mayo propondría que la Cámara se convirtiera en comisión para estudiar los actos que se referían al comercio de granos.

Pero era demasiado tarde para hacer un cambio de frente ante el más grande capitán parlamentario de los tiempos, y de toda una falanje de hombres de Estado que eran indudablemente superiores á los ministros en el debate y que generalmente se los creía más hábiles como administradores. Muchos acontecimientos tuvieron lugar entre el 30 de Abril y el 31 de Mayo. Una gruesa facción propuso reducir los derechos sobre el azúcar extranjero y golpe serio al privilegio de que gozaba el trabajo libre de nuestras propias colonias, así como contra el trabajo esclavo de las plantaciones españolas. Lord Sandon propuso una reforma, mañosamente urdida para coger los votos de los miembros abolicionistas del partido liberal, y la cuestión fué discutida durante ocho largas noches con infinita repetición de argumentos y horror de detalles. Mr. Gladstone, que había aprendido desde muy temprano la costumbre de usar siempre los tonos de la más exquisita cortesía, que es el presagio más seguro de grandeza futura, introdujo en los últimos párrafos de su bello discurso una alusión que á nadie agradó tanto como á aquel contra quien iba dirigida. Hay otro nombre—dijo él—asociado de un modo singular al plan del ministerio. Yo puedo hablar sólo por tra-

dición de la lucha por la abolición de la esclavitud; pero si yo no he sido mal informado, en ella estuvo empeñado un hombre que fué el aliado invisible de Mr. Wilberforce, y el apoyo de su fortaleza; un hombre de profunda benevolencia, de comprensión aguda, de actividad infatigable y de un carácter que gustaba de trabajar en secreto, renunciando á la recompensa de la fama, buscándola más allá del sepulcro. El nombre de aquel hombre era Zacarias Macaulay, y su hijo es miembro de ese gabinete.

Al amanecer del 19 de Mayo, la enmienda de lord Sandon fué sacada adelante por treinta y seis votos y por la mañana la Cámara estaba llena dentro y fuera, en la confiada expectación de que había de seguir una derrota total del ministerio. Ni los amigos del gobierno ni sus enemigos pudieron dar crédito á sus oídos, cuando el canciller de Hacienda, con todo el aire de propia posesion de un ministro que ha dominado una mayoría y de un financiero que ha conseguido un superavit valioso, dió la noticia de que el quería llevar adelante la cuestión de los derechos del azúcar á la comisión de Caminos y Rentas; y antes que el auditorio hubiese podido cobrar aliento, lord John Russel le siguió en el uso de la palabra con una moción que la Cámara, levantándose, hizo diferir para el lunes. El conde de Darlington, en un escogido periodo, de asombro desdeñoso, preguntó qué día se proponía el noble lord tratar el asunto de la ley de cereales. Cuando se hubo cerciorado que esta cuestión tendría lugar el 4 de Junio, la materia se agotó y su desgraciado miembro comenzó á hablar de las molestias de la marina real, entre el murmullo de la conversación, hija de la curiosidad agradecida ó desengañada, con que, después de un episodio tan capital, la Cámara

daba descanso á sus nervios, torturando á la vez aquellos pobres oradores, cuya ambición ó mala fortuna les había expuesto á la más formidable prueba de inocencia con que puede castigarse á un orador público.

Pero este asunto no concluyó así. El 4 de Junio, en lugar de ser el primer día del debate sobre la ley de cereales, fué el quinto y último de un conflicto obstinado y dudoso, promovido acerca de un voto directo de falta de confianza, que fué propuesto por el jefe conservador en un discurso tranquilo y cuidadosamente razonado, admirable trabajo de oportunidad. Macaulay, que había dado muestras de gran interés, mientras sir Roberto desarrolló su proposición, llena de paralelos históricos y casos de gobierno, contestó aquella misma noche con su largo catálogo de ejemplos, en que lord Sunderland, y Mr. Pitt y lord Liverpool habían sufrido y aceptado derrotas sin que las siguiese la dimisión del gobierno ni la disolución de la Cámara. Pero todos los precedentes que existían en el *Diario del Parlamento*, coleccionados por Hallam y publicados por Canning, no habrían bastado para probar que el país tenía algún interés en prolongar la existencia de un ministerio que hacía tiempo venía siendo impotente y cayendo con rapidez en el descrédito. Cuando sir Jacobo Graham se levantó, hubo un paréntesis en aquel tono de dulzura mútua, en que se habían mantenido hasta entonces los oradores principales. El honorable baronet, se desató en una invectiva que degeneró en manifiesta desvergüenza (1);

(1) No me puedo dirigir al pueblo de este país en el lenguaje de la cita usada por el noble lord:

O passi graviora!

porque jamás país alguno fué regido por un Gobierno más

pero el gobierno había ido ya demasiado lejos para poder aprovechar los errores ó excesos de sus adversarios; y la oposición triunfaba por un voto en una Cámara en que diez años antes el gobierno había conseguido, con la misma mayoría exactamente, sacar, tras de segunda lectura, el bill de reforma.

A las tres semanas fué disuelto el Parlamento y los ministros se dirigieron en un manifiesto al país á propósito de la cuestión de un derecho fijo para el trigo extranjero. Pudo esto ser tan sólo una preparación para la elección general que había de seguir á aquella legislatura ó tener por objeto engrosar un partido cuyos jefes se satisfacían únicamente con recurrir á tan débil y ligero expediente. Lord Melbourne y sus colegas habían recurrido á la ley de cereales demasiado tarde y tímidamente para su reputación y demasiado pronto para la opinión pública de sus gobernados. Viendo que sus sostenedores habían realmente perdido las esperanzas de realizar sus aspiraciones por una especie de reflexión política extemporánea plantearon, pero mal, uno de los asuntos de mayor interés para la nación. Al Norte de Trent los whigs perdieron los distritos todos del Sur de Inglaterra desde Lincoln á St.-Ives fueron heridos mortalmente. Los partidarios del gobierno tuvieron que ce-

malo, más negligente ni más peligroso. El noble lord ministro de Irlanda habla de «lubricidad»; pero, gracias á Dios, nosotros tenemos hasta la última bagatela vuestra para alguna cosa de la que vosotros no podéis agitaros, y como nosotros tenemos la triste satisfacción de conocer que todas las cosas tienen un fin, así puedo yo ahora decir, con el noble lord:

Dabit Deus his quoque finem;

gracias á Dios nos hemos librado, por fin, de un gobierno como éste.

der algo de su predominio en las villas y muchos cientos de los de los condados renunciaron á los distritos. Hubo multitud de condados que se inscribieron como enteramente proteccionistas; los diez representantes del de Enex fueron conservadores y lo mismo los de la ciudad, y á este partido pertenecian igualmente doce miembros representantes de Shropshire. Antes que hubiesen regresado á los distritos irlandeses sus representantes, era ya evidente que los ministeriales perderian un gran número de distritos. Los whigs no habian experimentado revés de gravedad igual desde que en 1784, Pitt deshizo y esparció á cuatro vientos la coalición de la mayoría, y no otra cosa les iba á acaecer de nuevo,

Hasta que un día más obscuro y triste,
Y un más memorable año,

después del transcurso de una generación, se vió de nuevo abandonado á su mala fortuna y derrotado

Un poderoso huésped y altanero nombre.

A Escocia, como de costumbre, no le afectó el contagio de la reacción. En realidad, los disturbios de los candidatos, al Norte de Border, procedían más del desarrollo de las tendencias progresivas que regresivas de los electores. Macaulay volvió á la Cámara sin oposición en compañía de Mr. Guillermo Gibson Craig; aunque le habían amenazado con disputarle los votos los miembros más vehementes de aquel famoso partido de la iglesia escocesa que dos años más tarde había de dar tales pruebas, que la historia no puede olvidar, de su buena voluntad para el sacrificio por motivos de conciencia (1), cosa aún más preciosa

(1) El rompimiento de la Iglesia escocesa tuvo lugar el 13 de Mayo de 1843.

que el honor de sentar en St. Stephen un representante distinguido y elocuente.

A miss F. Macaulay.

Edimburgo, 28 Junio 1841.

Queridísima Fanny: Hemos celebrado una reunión, en la que hubo una pequeña tormenta cuando se tocaron cuestiones de iglesia; pero fué perfectamente cordial sobre todos los demás puntos. Yo he cogido el toro por los cuernos, y tengo razones para creer que he estado justo, tanto en principios como en política. Se habló de una proposición de no intrusión. Mi lenguaje en la reunión desagradó á los elementos eclesiásticos más radicales, y durante algunos instantes tuvieron inteligencias para coaligarse con los tories contra mí. Los principales no intrusionistas celebraron, no obstante, una conferencia conmigo, y aunque no nos pusimos exactamente de acuerdo, reconocieron que tenían más que esperar de mí que de un tori. No creo que hay ahora para mí ningún peligro serio de controversia, ni, por tanto, de derrota; pero, sin embargo, me rodea el ruido de una disputa muy enfadosa para mí. «Sí, Mr. Macaulay; eso está muy bien para un hombre de Estado. Pero, ¿qué se hace de la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo?» Y yo no puedo contestar á mi elector por completo tan llanamente como quisiera, y si fuese capaz de razonar hombre que tiene semejante salida.

Siempre tuyo,

T. B. MACAULAY.